



100 ANIVERSARIO PARQUE NACIONAL DE ORDESA Y MONTE PERDIDO

TEXTO MIGUEL ESCARTÍN

Primeras neyadas en los puertos de Góriz

FOTO JAVIER ROMEO. ARCHIVO PRAMES

El 16 de agosto de 1918, el fondo del valle de Ordesa era declarado Parque Nacional. Hacía dos años de la aprobación de la Ley de Parques Nacionales y solo semanas del nacimiento del primero de ellos, el de la Montaña de Covadonga. Este año, por tanto, celebramos el centenario del Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido, la gran referencia de los espacios naturales protegidos de los Pirineos y una de los hitos paisajísticos y medioambientales de Europa.

Aquel 16 de agosto de 1918 quedaba garantizada la conservación de 2 066 hectáreas de un paisaje repleto de vida en los confines del legendario Sobrarbe aragonés, en el corazón del Pirineo.

En 1982, el Parque fue reclasificado para incorporar el cañón de Añisclo, la garganta del Yaga, el circo de Pineta y el macizo de las Tres Serols o de Monte Perdido. Ampliaba su nombre con el de este mítico monte y alcanzaba las 15 608 hectáreas, buena parte de las cuales ya pertenecían a la Reserva de la Biosfera Ordesa-Viñamala que la UNESCO había declarado en 1977. También ha recibido sucesivos diplomas europeos del Consejo de Europa (1988, 1993 y 1998) y es Patrimonio de la Humanidad desde 1997. Finalmente, en noviembre de 2004 se efectuaba el traspaso de todas las competencias de gestión, hasta entonces compartidas con el Estado, al Gobierno de Aragón.



Valle de Ordesa
FOTO ARCHIVO PRAMES

La forma

El parque cuenta con el macizo calcáreo más alto de Europa, el de las Tres Serols, que culmina en los 3 355 m de Monte Perdido. A sus pies se extienden los valles de Ordesa, Añisclo, Escuaín y Pineta, por los que fluyen los ríos Arazas, Bellos, Yaga y Cinca respectivamente.

Todo ello es parte de las sierras Interiores o Prepirineo Interior, que flanquea al Pirineo axial o Pirineo propiamente dicho. Hace unos 35 millones de años, durante la Era Terciaria, la orogenia Alpina rejuveneció los granitos y rocas metamórficas de una antigua cordillera de la Era Primaria (Pirineo axial) y plegó los depósitos de calizas acumulados durante milenios en los mares adyacentes (sierras Interiores y Exteriores).

Las Tres Sorores
FOTO JAVIER ROMEU.
ARCHIVO PRAMES



Valle de Ordesa
FOTO PEDRO ETURA



Mucho después, los glaciares del Cuaternario modelaron esos pliegues y espesos mantos rocosos, excavando los amplios valles de Ordesa y Pineta. Los dos pequeños glaciares que resisten en la cara norte de Monte Perdido y el de la cara norte de Marmorés, los más meridionales de Europa, son verdaderas reliquias geológicas de aquellas glaciaciones. Mientras el hielo sigue fragmentando la roca, el agua líquida ha generado todo tipo de relieves cársticos mediante la disolución de la caliza, sobresaliendo el cañón de Añisclo y la garganta del Yaga.

El color

A la forma se añade el color, mineral o vegetal, entre el que la fauna se camufla. Todo ello enamoró al pirineísta y fotógrafo francés Lucien Briet, a caballo de los siglos XIX y XX, quien solo pudo documentar la belleza del paisaje en blanco y negro, pero cuya mirada fascinada fue capital para lograr la declaración del Parque Nacional de Ordesa.

El color gris domina las cumbres antes de las primeras nieves. Son diferentes tipos de calizas (paleocenas y dolomíticas) y bandas de rocas más blandas (margas de Millares y calizas arcillosas), a las que se aferran manchas de hielo y glaciares.

Conforme la mirada desciende, y si las brumas lo permiten, surgen los tonos pardo-rojizos de las areniscas calcáreas que flanquean los valles de Ordesa, Añisclo y Pineta.

El verde tapiza fondos de valle, laderas boscosas y llanos de montaña hasta que la altura lo permite. Es el color de la primavera y el verano, avivado por multitud de flores estacionales. Pero nada semejante al espectáculo otoñal de hayedos y bosques mixtos, sobre todo en noviembre, cuando el despliegue de color rinde al visitante. El blanco es para el invierno, si bien el quejigar todavía aporta ese toque cobrizo de unas hojas secas que permanecen en el árbol hasta la siguiente primavera.

Cañón de Añisclo
FOTO JAVIER MELERO SEBASTIÁN. ARCHIVO PRAMES



La vida

El parque es un paraíso de casi 1 400 especies vegetales, la mitad de la flora presente en los Pirineos, entre las que hay 60 endemismos. Tal diversidad obedece a la variedad de microclimas que se dan en función de la altitud (el desnivel de conjunto supera los 2 000 m) y los grados de humedad e insolación, a lo se suma la diferente composición de los suelos.

La influencia del litoral mediterráneo, con carrascas, madroños y durillos, llega hasta las cotas más bajas, pero a partir de los 900 m de altitud van sucediéndose especies típicamente montanas. Son masas de carrascal, quejigar, delicados bosques mixtos (de avellanos, álamos temblones, fresnos, tilos, abedules, arces, serbales de cazadores o hermosísimos olmos de montaña), hayedos y húmedos pinares musgosos de pino silvestre. No faltan los abetos, ni las saucedas a lo largo de los ríos. A partir de los 1 800 m, nuevos pinares de pinos silvestre y negro inician la transición hacia los prados de alta montaña, en donde el arbolado desaparece. Cada ambiente tiene un sinfín de plantas acompañantes, que alcanzan una especial rareza en los lugares más inhóspitos, asociados al roquedo.

La fauna que recorre todos estos pisos bioclimáticos es común a otras zonas montañosas. En los bosques abundan las pequeñas y medianas aves insectívoras y granívoras (carboneros, herrerillos, reyezuelos, camachuelos, pinzones, agateadores, pájaros carpinteros), entre las que destaca la presencia del urogallo. Otras son cazadoras, como el azor, el gavián, el águila culebrera o el cára-bo, y junto a todas ellas conviven martas, lirones careto, ardillas y, por supuesto, zorros y jabalíes. Especies más propias de los pisos subalpino y alpino son la perdiz blanca, acentores y gorriones alpinos, el colirrojo tizón, el piquituerto, el roquero rojo y la chova piquigualda, a las que acompaña el majestuoso vuelo de buitres leonados, águilas reales y quebrantahuesos. Armiños, comadreja, marmotas y, ante todo, sarríos completan el capítulo de mamíferos.

Los ríos son el territorio de la trucha y del mirlo. Anfibios característicos son el tritón pirenaico, la rana bermeja y la rana pirenaica, descrita por primera vez en 1992, y entre los reptiles hay que mencionar al lución, la víbora áspid, la culebra lisa y lagartijas como la roquera. Además, todavía es posible toparse con los tradicionales rebaños de vacas, ovejas y caballos.

Hayedo abetal

FOTO JAVIER ROMEO FRANCÉS. ARCHIVO PRAMES

